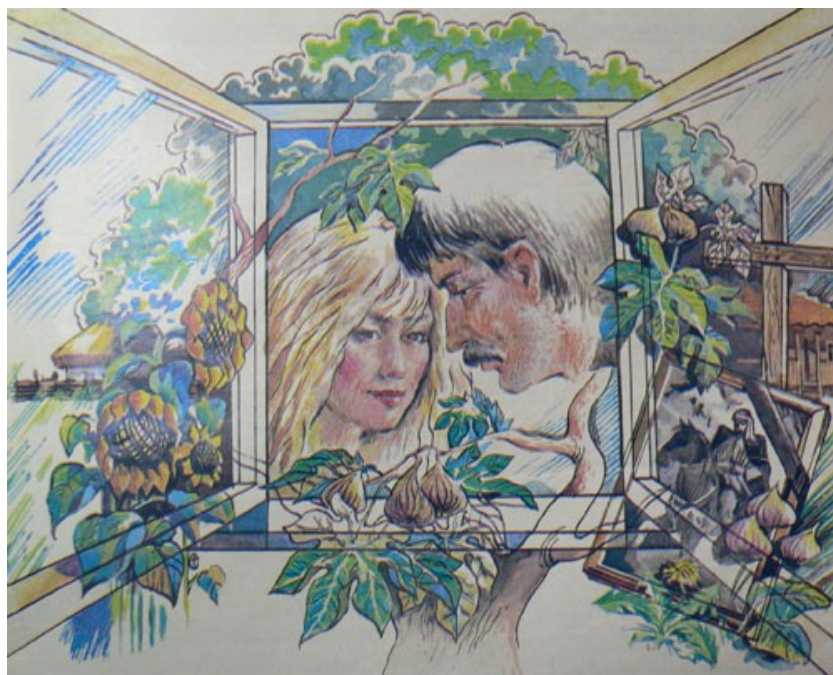


## La higuera

Denis Chachjalia



Ese día Majaz se cayó de la higuera. Nuestro vecino, ya entrado en años, sentía una pasión pueril por los dulcísimos frutos de este árbol oriental. Parecería que del dulzor del higo extraía recuerdos de los lejanos hechizos del amor y cierta divina voluptuosidad.

Majaz era analfabeto, conocía la Biblia por los relatos de su esposa y tenía su propio criterio de las leyendas bíblicas. Por ejemplo, que Adán y Eva se habrían tapado precisamente con hojas de higuera, lo oua! consideraba lógico, como también que el pecado original podía tener relación únicamente con la higuera.

Sí Majaz conociera los cuadros de los grandes maestros del Renacimiento, quienes pintaron la escena de la tentación con el fruto prohibido, los acusaría de pecar contra la verdad. En esos lienzos Eva saborea una manzana. ¡Pero a quien se puede seducir con una manzana! ¡Es difícil creer que la primera mujer pudiera dejarse tentar con una manzana! El fruto con que la provocó el infame sólo podía ser de la higuera, o sea, un higo.

Juzguen ustedes mismos, ¿para qué se tatarían Adán y Eva con una hoja de higuera, si el pecado había sido cometido debajo de un manzano? Y, siendo así, quiere decir que el pecado tuvo lugar debajo de una higuera. Por eso las armaduras varoniles de Adán y el encantador seno de Eva estuvieron cubiertos con hojas de higuera. El sabor de sus frutos es tan seductor, que únicamente puede compararse con el dulzor de la languidez amorosa.

Resulta una cosa curiosa. Primero se conoció el pecado. Luego el conocimiento del pecado provocó la vergüenza. O sea. el fruto del árbol incitó el pecado, y la hoja de ese árbol participó en el arrepentimiento, que incluso hoy sienten muchas personas después de pecar. Qué fuerte resultó la sucesión de las sensaciones humanas.

Pues bien. Majaz se cayó de la higuera y eso se considera el colmo no sólo en nuestro pueblo de Aira, sino en toda Abjazia. La afición a los higos es calificada como testimonio de vergonzosa debilidad. Y Majaz adoraba los higos desde la tierna infancia.

Por cierto, la afición de los niños a los higos no se censura. Majaz mantuvo esa frenética pasión durante la juventud y la madurez. Y luego, cuanto menos consumía los dulces del amor, tanto más rabioso se hacía su fervor por los frutos jugosos y pegajosamente dulces.

Los representantes de la nobleza locai que todavía logramos encontrar vivos sabían abstenerse a los frutos de la higuera, considerando con soberbia que era una afición de la plebe. Pero también nuestro orgulloso

campesinado abjasio sabía dar ejemplos de abstinencia. Aunque no todos lo conseguían. El que no estaba en condiciones de hacerlo, daba rienda suelta a su debilidad en secreto de los demás.

En Abjazia crecen variedades de higos de verano y tardías. Por eso Majaz usaba para sí un nombre cariñoso para el verano: Pequeño hi-guito, y para el otoño, Gran Higuito.

Los frutos de las primeras variedades son más grandes y más claros, aunque no tan dulces. Cuando maduran, se les agrietan las caritas, perdiendo la integridad virginal y se extienden en una sonrisa purpúrea de flujo amoroso.

Y bien, llega para Majaz la tan esperada temporada del Gran Higuito. Las brevas otoñales tienen tiempo de acumular sin prisas más azúcar que las de verano. Los frutos tardíos de la higuera no son tan grandes, pero sí mucho más oscuros. El higo turco, por ejemplo, queda suspendido entre las hojas ásperas como gotas azuladas. Son una peculiar Fuente de Bajchisarái de tentaciones.

Sacarle el pellejo al higo turco es engorroso. Sin embargo, Majaz desnudaba los frutos con sus dedos contraídos ya por la vejez, se los comía lanzando gemidos, con una voracidad vergonzosa para un anciano y seguía subiendo a ramas cada vez más altas. Ya en la cima del árbol, como en la cresta de una singular ola de glotonería no sólo pudo saciarse, sino que pasó a un estado de dicha suprema casi narcótica. Perdió el equilibrio, se desplomó de la higuera, rompiendo con las costillas varias ramas no muy grandes de ese árbol poroso y fácil de quebrar.

En cierta época, en los bosques de los alrededores se ocultaban dos hermanos abrek\*. Habían matado a un hombre que había ofendido el honor de la familia de ellos. Pero luego de disparar contra el ofensor no salieron del bosque, como suelen hacer habitualmente los abrek. No porque pudieran esperar la represalia de los parientes del occiso. Eso casi no preocupaba a sus temerarias cabezas. Simplemente que habían decidido matar a todos los que en otros tiempos habían ofendido a sus parientes cercanos, contando hasta cinco generaciones atrás, es decir desde la guerra ruso-turca. Decidieron poner de una vez para siempre las cosas en claro con todos los agraviadores, para no volver más a ese asunto.

Además, si dejaban impunes a otros ofensores de la familia, cometerían una injusticia con los agraviadores ya muertos. Resultaría que unos podían ofender y otros no. O que se habían vengado por un pariente cercano, y por otro un poco más lejano, a quien el abuelo quería más que a un hermano, no se vengaban. ¿Que yazca en la tierra húmeda sin haber sido vengado? ¿Gomo si en la familia no les hubiera quedado descendientes dignos?

En fin, estaban los campesinos de nuestro pueblo Aira sentados en un cobertizo de tabaco, tapizado con aromático helécho, y enhebraban el tabaco. A la pregunta de un campesino —¿dónde se encuentran ahora los hermanos abrek?—, Lagustán comentó irónicamente: "Dónde van a estar, por lo visto sentados debajo de la Higuera de Nazir".

Ese rengo sarcástico y gritón se había permitido demasiado con dicha frase. Ante todo, hacía público que los hermanos abrek se ocultaban con frecuencia en la casa de mi abuelo Nazir. Con ello denunciaba el lugar en que se encontraban y quién los escondía.

Además, resultaba que el dueño de la casa había cedido su techo a los huéspedes, y tanto más a los abrek, a quienes se debía cobijar, siendo ese un deber de honor de un jinete verdadero.

Para colmo, en boca de ese víbora de Lagustán, la mención de la higuera sugería que los hermanos abrek arrastraban una vida hambrienta y se veían obligados a recurrir a los dudosos servicios de ese árbol vicioso, lo cual ofendía en igual medida a los intrépidos vengadores y la hospitalidad de quien los ocultaba.

Las palabras de Lagustán llegaron a oídos de los hermanos del bosque, armados según la última palabra de la técnica militar de aquellos años. Ocurrió lo siguiente: en 1905, preparando a las masas para la futura lucha armada, Sergó Ordzhonikidze y sus compañeros de armas descargaron en nuestra costa mucho armamento y pertrechos. Dado que por entonces en nuestros lugares había pocos comunistas, y las armas eran muchas, los

abrek locales se paseaban adornados con granadas como un Árbol de Noé con juguetes.

Incluso cuentan que la esposa de un abrek, más tarde revolucionario, en la plantación de tabaco hacía hoyos en la tierra no con un común palo torcido, sino con el cañón de un revólver modelo 1905.

El rengo Lagustán se encaminaba a su casa acepillando para la esposa un huso de rama seca de cornejo. Tenía la pierna derecha más corta y, como todas las personas que tienen la pierna derecha de apoyo más corta que la izquierda, caminaba dando la impresión de particular seguridad, clavando su pierna corta como un cayado.

Sin embargo, la seguridad del andar del rengo Lagustán no era más que una ilusión óptica. En cambio, la aparición inesperada en su camino de los hermanos abrek ya era un funesto signo del destino. Se acercaron al atontado Lagustán por la diestra y la siniestra, estrechándole el espacio hasta la dimensión de un ataúd.

— ¿De modo, dices, que nosotros pastamos debajo de la higuera de Nazir? —preguntó uno de los hermanos, por lo visto el mayor, porque en todas las situaciones el mayor debe comenzar la conversación. Tanto más en un caso como éste.

Si bien los hermanos no eran mellizos, era difícil diferenciarlos, y no sólo a Lagustán. Tal cantidad de armas — cintas de ametralladoras, granadas, puñales, fusiles— quitaba las ganas de interesarse por menudencias como son los rasgos faciales. A Lagustán se le cayeron de las manos el huso y el cuchillito.

— ¡Marcha adelante! —le ordenaron, y él, arriesgando caerse hacia la pierna corta, renqueó hacia la hacienda de Nazir.

Media hora más tarde Nazir llevó hasta la higuera a dos campesinos más, en cuya presencia Lagustán había pronunciado las fatales palabras en el cobertizo de tabaco.

La higuera en cuestión se encontraba en la depresión situada bajo la hacienda de Nazir, en el lindero apantado del bosque. Allí, en un enorme charco, los búfalos tomaban baños de barro.

La higuera se hallaba lejos de la hacienda de Nazir, pero como en nuestro pueblo los campos adyacentes se consideran de la hacienda más próxima, el árbol se llamaba con todo derecho la Higuera de Nazir, e incluso le dio nombre al lugar. De modo que si un campesino preguntaba a otro, por ejemplo, si había visto a su búfala, el vecino podía contestar que la había visto en el charco de la Higuera de Nazir.

— Súbete a la higuera — ordenó el abrek mayor, y a un campesino le vino la idea de que a Lagustán lo querían matar en el aire, como a un pájaro en vuelo. A otro testigo, de ánimos más pesimistas, le pareció que presenciaba un tipo de ejecución más jesuítica: si Lagustán, herido en la higuera, no moría por la bala del abrek, seguramente expiaría al golpearse contra la tierra.

— Arranca seis hojas, las más grandes —oyó Lagustán la orden del abrek envuelto en granadas.

— Está bien, está bien —susurraba Lagustán como un trabalenguas demente, y arrancaba las ásperas hojas. Pero no estaba en condiciones de contar hasta seis. Entretanto, el número seis era el predilecto del abrek. No por superstición o por prejuicio religioso. El abrek no tiene prejuicios,

No le queda tiempo para las astucias. Simplemente que los revólveres traídos a nuestra comarca eran de seis cargas. Y los sesos de los abrek repetían la capacidad del tambor del revólver.

— Métete en el pantano — le ordenaron cuando bajó arrastrándose de la higuera con el manojo de ásperas hojas verde oscuras.

Lagustán, renqueando más que de costumbre, como si diera los últimos pasos en esta Tierra, se metió hasta la cintura en el fango líquido, sin inmutar en lo más mínimo la tranquilidad olímpica de los búfalos. Esos robustos animales yacían sacando habitualmente del pantano la cabezota negro-azulada y mascaban con una meticulosidad y medida budista, desconocida por nosotros, su interminable rumia.

Dijérase que en ese preciso instante ocurriría lo más terrible: los abrek descargarían en Lagustán sus revólveres, y él, cayendo de bruces en el fango, se ahogaría en ese líquido templado. Sin embargo, ni siquiera el abrek más ofendido se atreve a matar a un minusválido, aunque eso no excluye otros tipos de represalia. En

general, no es nada fácil adivinar de antemano qué piensan hacer los abrek.

— Comienza a masticar las hojas —ordenó el abrek mayor, y La-gustan, como si sólo esperara autorización, comenzó a comer las hojas de higuera.

Esas hojas son tan toscas y sin jugo que casi es imposible comerlas. Para ello hay que tener las mandíbulas de los búfalos. Los animales seguían mascando su rumia, como si le enseñaran a Lagustán cómo debía hacerlo. Lagustán enrollaba las hojas de higuera y, sin masticarlas bien, se tragaba prematuramente las hojas rígidas como papel de lija, destrozándose la garganta. Al final de la merienda suicida le dolían terriblemente los maxilares y no podía mover las mandíbulas. . .

Este relato se lo oí contar en la infancia a Shuguián, primo segundo de mi abuelo Nazir. Desde entonces recordaba que la higuera es el árbol cuyos frutos aman todas las personas mayores, pero están dispuestas a castigar a cualquiera que se atreva a pillarlos in fraganti.

Pues bien, el viejo Majaz se despeñó de la higuera y perdió el conocimiento. Pero parecía que los bordes de sus labios, irritados por el ardiente dulzor del higo, conservaban todavía el recuerdo del adulterio interrumpido. Poco después comenzó a recuperarse y lo primero que vio fue la imagen diluida de su amado árbol que, aún siendo fantasmagórica, era un síntoma convincente de la vida real.

"Veo la higuera, ergo sum!", podría decir Majaz si fuera filósofo. No podía expresarlo, pero sí que lo sentía.

Al ver sobre sí el pabellón verde oscuro de su adorada higuera, Majaz gimió. Quizá porque sintiera el dolor de las costillas rotas o quizá porque comprendiera que tenía delante a la higuera, su amante secreta, a la que probablemente nunca más se encaramaría. . . Y ella se inclinaba sobre él, pictórica aún de fuerzas vitales, lo excitaba con Tas gotas de higo, como la concubina predilecta seduce a! sultán extenuado con ios lunares esparcidos por el cuerpo encantador en cierto caos cósmico.

La primera en oír los gemidos de Majaz fue su esposa Niura, una cosaca del Kubán, traída por él del frente a Abjazia.

Aquella vez se fueron en seguida al huerto, alejándose de los ojos curiosos. Niura se encaramó a la higuera y desde allí lanzaba los frutos a su libertador. Provocaba a Majaz por la manera traviesa con que le tiraba los higos, por la risa incitante y porque subía cada vez más alto por el árbol. El soldado muy pronto se dio cuenta que debía tomar esa "cota", y con la velocidad del lince subió al árbol. La risa de ella se ahogó en el beso del soldado.

Sin dejar de abrazar y besar a la amada, Majaz la hacía bajar más y más, hasta que la apoyó contra una bifurcación fuerte y ramosa. En el arrebató amoroso ni siquiera pudieron, o no quisieron, comprender por qué aclaraba cada vez más, de dónde provenía esa sensación de caída lenta y cautivadora. Sólo cuando la rama rota de la higuera cayó sordamente junto con ellos al suelo, Majaz y Niura entendieron, lo que había ocurrido. Pero no interrumpieron el amor, por el contrario, la sensación del suelo les añadió furia.

Seguían acostados entre las hojas de la higuera partida, y Niura, inclinada sobre el soldado, le ofrecía ¡os higos con la boca. Juntos mordían el fruto y lo masticaban, hundidos los labios en la dulce pulpa del higo.

— Vuélvete; déjame arreglar la ropa —dijo Niura, tapándose con la rama de higuera. Majaz advirtió en su muslo rosado la huella perfecta de la hoja de higuera.

Majaz no trajo del frente ninguna orden y ninguna medalla. Luchó como todos, pero no fue muerto. Aunque sí fue herido, como muchos. El destino lo protegió de la muerte en los combates, y al final le regaló a Niura. Era la mejor condecoración. Esas dos condecoraciones — la Vida y Niura — se fundieron en una sola gran condecoración.

— Majaz, ¿acaso en la guerra no has podido pedirle a alguien una orden? — se mofaban los ociosos paisanos—. Otros han traído decenas, no les caben en el pecho.

— Después de nuestra batalla principal —no se cansaba de explicar Majaz—, el jefe dio las gracias a quienes habíamos quedado con vida. Después gritó: "¡Soldado Majaz Palba!" Salí de la fila. Me puso a Niura delante y

dijo: "Esta es tu medalla al valor. ¡Úsala con salud, soldado!"

En efecto, Majaz llamaba a Niura Condecoración. El caso es que según nuestras costumbres es indecente llamar a la esposa por el nombre. Se la llama por otro nombre o simplemente en tercera persona, sin mencionar nombre alguno. Así fue como Majaz a Niura la llamaba Condecoración. Durante largo tiempo los paisanos que no sabían el ruso creían que era un nombre ruso., además, les parecía hermoso y enjundioso, lo cual, en el fondo, no estaba muy lejos de la verdad.

— ¡Oh, bara (oye, tú) Condecoración! —le gritaba desde el campo— tráeme leche cuajada que me muero de sed.

Ella le llevaba una jarra de leche cuajada diluida, sonriendo y sabiendo que Majaz no sólo se consumía de sed. Sabía que no la dejaría marchar en seguida. También sonreía al volver del campo, sacudiéndose el vestido y atándose nuevamente el pañuelo que se le había caído de la cabeza.

Estaba Niura cascando pepitas en la veranda abierta de la casa abjasia de castaño, cuando oyó gemidos en el maizal y se lanzó hacia allá, tratando de camino imaginarse qué habría pasado. Al ver al marido tendido debajo de la higuera, comprendió que había sido víctima de su demencia por los higos. Riñéndolo lo arrastró por las ramas de maíz hasta la casa.

Majaz y Niura no tuvieron hijos. Niura resultó estéril. Pero Majaz la quería y no pensaba abandonarla, aunque sobraban consejeros de que se casara con otra. Pasados muchos años, Majaz solicitó a un pariente que le diera a uno de sus numerosos hijos para educarlo. De ese modo Safer pasó a ser la única esperanza de Majaz, la esperanza de que en esa hacienda no se apagaría la vida ni el fuego en el hogar.

Por fuera todo parecía estar bien: el muchacho vivía con ellos, estudiaba, les ayudaba en la casa. Pero tenía el alma puesta en su familia, en la casa materna poblada de gente, alejada de la escuela y de las carreteras.

Tan pronto volvió en sí y sintió que podía hablar, Majaz llamó a Safer, que había regresado de la escuela, y le encomendó:

— Que Condecoración explique a la gente que me caí del caballo. Dícelo. Ella es rusa y puede decir lo que no se debe.

Muchas veces Niura había prevenido a Majaz que a su edad era mucho más seguro estar sentado en la veranda y comer semillas de girasol que treparse a la higuera. La cosaca no podía entender por nada del mundo que un abjasio, incluso si no las tiene todas consigo, no se pondría a cascar semillas.

En los primeros tiempos Majaz trataba de prohibirle comer semillas, tanto más en la veranda, donde podían verla los vecinos al pasar junto a la puerta.

— No estás sentada en el banco de tu jato.\*, sino en la veranda de una casa abjasia - la avergonzaba Majaz. Por enésima vez le recordaba que esa casa de castaño había sido construida por su abuelo Ja - zarat, confiando así en que la haría entrar por vereda por respeto al lejano antecesor de su marido.

— Te matarás, viejo tonto — le decía Niura con una irrespetuosidad hacia el marido inconcebible para nuestra comarca. Majaz le perdonaba generosamente ese tosco estilo cosaco y se marchaba hacia la higuera.

— Tía Condecoración — gritaban a todo momento los chicos de los vecinos —, convídenos, por favor, con semillas.

A Niura le gustaban mucho las semillas de girasol, que le enviaban a sacos del Kubán. Enseñó a todos los chicos de la vecindad a cascarlas, y ellos las pordioseaban constantemente delante de la puerta.

Hacía varios días que Majaz guardaba cama y no se sentía mejor. Casi nadie creía en los rumores de que se habría caído del caballo, aunque fingían creerlo. Majaz realmente tenía un caballo, pero hacía mucho que no lo montaba. Era casi imposible pescar a ese mustango se-misalvaje. Entretanto, la higuera tentadora estaba, confusa, en la pendiente bien visible, detrás de la casa de castaño, y dijérase que confesaba haber sido ella quien había matado con sus encantos al anciano voluptuoso.

Moría entre tormentos cuando expiraba la temporada del Gran Higuito. Se murmuraba que Majaz tenía seriamente afectada la columna. Los parientes que colmaron la casa del moribundo creían que cada día era el último para el enfermo.

A media noche, cuando ya no quedaban personas ajenas, la hermana mayor del moribundo Majaz envió al muchacho del vecino a la higuera. El diestro muchacho salió con una candileja y regresó poco después con una escudilla llena de higos azulados. Colocaron la escudilla a la cabeza del enfermo.

La hermana de Majaz, que en su vida ya había acompañado a su ida al otro mundo a más de un difunto, tenía en ese sentido una experiencia poco envidiable y lo hacía todo con precisión y seguridad. En vista de la desconcertada ineptitud de los familiares menos expertos eso era una salvación.

Con los dedos ya nudosos por la vejez aplastó el fruto de la higuera y untó los labios de Majaz con la dulce pulpa. Le dieron una palangana de cobre para que se lavara las manos. Los testigos aseveraban que tan pronto le recubrieron los labios con el higo, Majaz lamió ese dulzor e incluso sonrió. Luego, por señal de la hermana, le dieron a ella la ropa con que debían vestirlo después de la muerte, que no terminaba de llegar.

La hermana de Majaz tomó la ropa en las manos y se puso a los pies del moribundo.

- Majaz — se dirigió a él, absolutamente convencida de que la oía y se sometería —. Escucha, Majaz. . . es hora de ponerte en camino. Ves, he preparado la ropa. Allá te esperan el padre y la madre. No te hagas esperar. Diles que en casa todo está bien, y que yo también iré pronto. . .

Varias mujeres no resistieron y sollozaron. De pronto el moribundo abrió mucho los ojos, como si echara la última mirada a este mundo. Intentó levantar la cabeza, se estremeció varias veces y quedó con los ojos abiertos. Su pecho, que se alzaba pesada y ruidosamente, de pronto se inmovilizó en posición encabritada y luego, poco a poco y sin ruido, empezó a expirar.

- La vela — susurró la hermana de Majaz. Niura le tendió la vela que estaba en la mesita junto a la cabecera.

— Sal de aquí — dijo la hermana de Majaz a su cuñada, y Niura salió aullando a la veranda, donde se le sumaron un par de chillidos femeninos apenas contenidos.

Con la ayuda de dos vecinos la hermana de Majaz lo vistió, le cerró los párpados, le cruzó las manos sobre el pecho y colocó en ellas la vela encendida. Los hombres sujetaban las piernas del moribundo. Todos miraban el pecho de Majaz que descendía lentamente y expelía los últimos restos de vida. De pronto, de la boca anémicamente abierta salió un hilo azul pálido de gas y, alzándose apenas sobre los labios fríos, se esfumó. Todos quedaron perplejos y en un susurro, como un "amén", pronunciaron: "El alma".

Mucha gente había ido a despedirse de Majaz. Es habitual en nuestra comarca que incluso el paisano más alejado vaya aunque sólo sea una vez a despedirse del difunto.

A Niura, la viuda, no le correspondía llorar ni plañir en presencia de la gente. Pero Niura nunca supo nuestras costumbres ni quiso acomodarse a ellas. Por eso nadie, al parecer, la censuraba, si bien consideraban que una persona que no respeta nuestras costumbres se mutila a sí misma.

La cosaca enviudada plañía con desesperación, cubriendo a veces con su llanto los apesadumbrados lamentos de la hermana de Majaz y de otras parientes cercanas.

— ¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho! — repetía en ruso la voz de Niura, ahogando la misa de difuntos de las plañideras locales, altamente profesionales, y eso daba la impresión de un resumen eslavo de los complicados plañidos abjasios.

— ¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho! — repetía la pobre Niura hasta la extenuación.

Su pensamiento desolado y desalentado se golpeaba igual que un gorrión contra el vidrio, sin poder salir volando al espacio del sentido común.

La despedida del difunto llegaba a su última fase, y eso agitó un tanto a la gente, congregada en el patio abjasio, precavidamente amplio. Los familiares se despedían de Majaz con palabras cariñosas y cordiales.

El chico del vecino llevaba delante de sí el retrato del difunto, en el que Majaz aparecía montado a caballo. Ese retrato ampliado, además de su designación ritual fúnebre, debía seguramente confirmar que, pese a todo, Majaz se había caído del caballo, y no de la higuera.

En esa fotografía estaba hermoso, y era deseable que se dejara en paz a la higuera y que todos los presentes aprobaran la versión de la muerte del jinete Majaz.

Lo enterraron en su hacienda. Según nuestros criterios, el miembro de la familia, sepultado en los límites de la hacienda, diríase que no ha muerto, sino que se encuentra al lado y siempre puede gozar, casi al igual que los vivientes, de cuanto gozaba en vida.

Con el tiempo en la hacienda puede juntarse tal cantidad de tumbas, que la casa —en la hacienda superpoblada de sepulturas— se asemeja a la pequeña oficina de un gran camposanto.

El sepulcro de Majaz en el cementerio familiar era el más cercano a las puertas, daba al callejón, y los transeúntes lo veían. A la cabecera estaba la fotografía de Majaz, montado a caballo y sonriente. Encima del montículo, tres frutos de higuera. Los habría colocado la precavida hermana del difunto. Porque después de la muerte sería inútil desacostumbrar al hermano de lo que no supieron desacostumbrarlo en vida.

En fin, la fotografía de Majaz a caballo y los frutos de la higuera demostraban la existencia de dos versiones sobre la muerte del dueño de la hacienda.

Una vez sepultado el marido, Niura comenzó a comprender que carecía de sentido seguir viviendo entre nosotros. El hijo adoptivo sintió aún mayores deseos de estar con sus padres, aunque no lo demostraba.

— No sufras, Safer — le dijo ella después de los primeros cuarenta días de luto —. Vete con los tuyos. Al parecer, no le ha tocado en suerte a esta casa tener un dueño. Esperaré el primer aniversario y también me marcharé con los míos. Yo he llorado por mi marido, pero aquí nadie llorará por mí.

Niura comprendía que Safer no podía dejarla sola en la casa. Su partida al Kubán daría libertad también a Safer y facilitaría a los parientes disponer de la hacienda a su antojo.

— Lo único que te pido —le dijo por último— es que no dejes de venir a menos la hacienda. Tal vez regreses a esta casa cuando te cases. Porque algún día tendrás que separarte de los padres. Sin ti ya hay allí bastante gente. Y, digas lo que digas, esta casa está ordenada y no es ajena para ti.

Safer no esperaba tanta franqueza ni tanta sabiduría caritativa, aunque Niura siempre había sido bondadosa. Lloraron al despedirse, y Safer se marchó con su familia. Visitaba de tiempo en tiempo a Niura y de buen grado hacía las tareas masculinas como buen dueño. Ella, por su parte, miraba con la abrumadora angustia de su maternidad frustrada cómo su educando le pagaba agradecido por el trabajo que ella había realizado y, principalmente, por haberlo emancipado.

Especialmente duro era pasar el invierno en la casa vacía. Pero Niura resistió el invierno solitario, frío como nunca, esperó la primavera y se dedicó por última vez al huerto. En esa vieja hacienda abjasia Niura tenía su rinconcito ucraniano. Incluso entraba en él entonando canciones ucranianas. La chiquillería de los alrededores hacía mucho que conocía y cantaba algunas de esas canciones, cascando las semillas de girasol del Kubán.

Niura entraba en su pequeño huerto como en una capilla. Todo le alegraba y regocijaba el alma. Los girasoles carirredondos, como símbolos alegóricos del sol del Kubán, se balanceaban en su huerto entre la abundancia de matas de frambuesas, groselleros, casis y otras bayas raras para el pueblo abjasio.

Los paisanos mayores veían en el huerto de Niura tan sólo algo exótico, carente de utilidad práctica, porque nada de ese huerto entraba en la ración habitual de los vecinos. En cambio la chiquillería, con su receptividad democrática, comprendió muy pronto el sentido de esas bayas mágicas que brillaban preciosamente. Miraban el huerto de la tía Condecoración como un tesoro indestructible, y de tanto en tanto hacían incursiones no muy valientes ni muy devastadoras a esa autonomía ucraniana en la extensa hacienda de Majaz.

En el pueblo todos sabían que Niura se marcharía al pasar el año de la muerte de Majaz, y claro que no al día

siguiente. De pronto, al pasar junto a la tumba de Majaz o, más exacto, ya casi habiéndola pasado. Shuguián cayó en la cuenta de que algo había cambiado en esa tumba. Dio marcha atrás a su terco caballo y llegó hasta la cerca. En la mesita colocada a la cabecera del sepulcro había una corona de boj, con flores del huerto ucraniano de Niura entrelazados en ella. El retrato de Majaz se encontraba ahora dentro de la corona, y en una cinta de seda se leían estas palabras: "Al querido amigo, de Condecoración" .

A Shuguián casi le saltan las lágrimas. Le dio lástima de que se hubiera marchado Niura, Había sido buena e inteligente. En la inscripción de despedida, hecha en la corona, no había mencionado al marido por el nombre e incluso en lugar del suyo había puesto el pseudónimo matrimonial: Condecoración. Ese era su último tributo a nuestras costumbres nada complicadas.

Poco después todo el pueblo se enteró de que Niura se había marchado. Desaparecido. Sin despedirse. Y eso lo comprendieron todos. . . Aquí se avergüenzan de hablar de sus sentimientos. Aquí se aprecian los sentimientos mismos. Y Niura era persona de la casa.. .

Desde entonces la chiquillería del pueblo dejó de cascar semillas de girasol; en cambio, por las tardes, a través del crepúsculo que se condensa sobre el pueblo abjasio suele oírse de pronto alguna voz infantil entonando una canción ucraniana, incomprensible y querida. .. como si fuera el melancólico recuerdo de Niura, cuyo nido no fue aquí perdurable.

Donde no hay maternidad todo es precario.

Dios mío, con cuánta emoción canta esa (niña en ucraniano en la colina, al caer la tarde:

Querida madre mía,

Poco dormías de noche. . .

Y una segunda voz de niño se entrelaza cariñosamente, como si abrazara a la hermanita:

Y me llevabas a mí,

Al extremo del campo. ..

Eran voces de los niños que el destino no le había brindado a Niura.

Trad.: Clara Rosen

\* Guerrillero de montaña en la época de la conquista del Cáucaso por los rusos; más tarde, bandido que vivía en la inomaña en el Cáucaso. (N. ¿e la R.)

\* Casa ucraniana